



Yo estoy con ustedes...”. Con los habitantes de Gaza, con los desplazados, con los que huyeron de las bombas, con las madres que lloran a sus hijos muertos, con los niños a quienes les robaron la infancia, con todos aquellos que no tienen voz y que sufren las consecuencias de los conflictos "que los poderosos hacen que otros hagan". El Papa repite siete veces su expresión de cercanía en la carta que ha querido enviar el 7 de octubre de 2024, día en el que hace un año "la mecha del odio" se encendió con el brutal ataque de Hamás contra Israel, a todos los católicos de Medio Oriente. Una parte del pueblo atormentado, exhausto, herido por una guerra que ni la comunidad internacional ni los países más poderosos han logrado poner fin.

Vergonzosa incapacidad para poner fin a la guerra

Francisco, después de las llamadas telefónicas diarias al párroco de la Sagrada Familia de Gaza, padre Gabriel Romanelli, después del llamamiento de ayer a un alto el fuego inmediato en todos los frentes, después del Rosario de la paz en María en Santa María La Mayor y el día en que convocó a una jornada mundial de oración y ayuno, quiso hacer un nuevo gesto de atención con una carta de tono emotivo y personal que no escatima en denunciar la "vergonzosa incapacidad" de los líderes de las naciones para poner fin a una tragedia que ya dura un año y corre el riesgo de adquirir proporciones cada vez mayores.

Una mecha de odio todavía encendida

“Pienso en ustedes y rezo por ustedes. Deseo alcanzarlos en este día triste”, escribe Francisco al principio de la carta. Inmediatamente vuelve con la mente a la masacre de hace un año que inició la respuesta militar de Israel hacia Palestina y en toda la violencia recrudecida que se ha presenciado durante doce meses: “Hace un año se encendió la mecha del odio; no se extinguió, sino que estalló en una espiral de violencia, en la vergonzosa incapacidad de la comunidad internacional y de los países más poderosos para silenciar las armas y poner fin a la tragedia de la guerra”.

La historia parece no habernos enseñado nada

El Papa mira el presente: "La sangre corre, como lágrimas; aumenta la ira y el deseo de venganza, mientras parece que pocos se interesan por lo que más se necesita y lo que la gente quiere: el diálogo, la paz", escribe. Y no se cansa de repetir que "la guerra es una derrota, que las armas no construyen el futuro, sino que lo destruyen, que la violencia nunca trae la paz".

La historia lo demuestra, pero años y años de conflictos parecen no habernos enseñado nada.

Rebaño indefenso

Nuestra mirada se dirige a todos los hermanos y hermanas que viven en los lugares de los que habla la Escritura, "un pequeño rebaño indefenso, sediento de paz". "Gracias - escribe el Papa Francisco - por lo que son, gracias porque quieren permanecer en sus tierras, gracias porque saben rezar y amar a pesar de todo. Eres como una semilla amada por Dios". Y como una semilla, "aparentemente asfixiada por la tierra que la cubre, sabe siempre encontrar su camino hacia arriba, hacia la luz, para dar fruto y dar vida", así ustedes "no se dejen tragar por las tinieblas que los rodea, pero, plantados en sus tierras sagradas, se convierten en brotes de esperanza".

La luz de la fe los lleva a dar testimonio de amor mientras hablamos de odio, al encuentro mientras los conflictos se extienden, a la unidad mientras todo se vuelve contra la oposición.

Paz desarmada

"Con corazón de padre" Jorge Mario Bergoglio se dirige a estas Iglesias antiguas y hoy "mártires": "Semillas de paz en el invierno de la guerra", las define, instándolas a convertirse en "testigos de la fuerza de una paz desarmada". "Los hombres de hoy no saben encontrar la paz y los cristianos no debemos cansarnos de pedírsela a Dios. Por eso hoy invité a todos a vivir una jornada de oración y ayuno", las "armas del amor que cambian la historia", las armas que "derrotan a nuestro único enemigo verdadero: el espíritu del mal que fomenta la guerra", subraya el Pontífice.

¡Por favor, dediquemos tiempo a la oración y redescubramos el poder salvador del ayuno!

"Estoy cerca de ustedes..."

Al final de la carta, el Papa confiesa lo que escribe que lleva en el corazón: "Estoy cerca de ustedes, estoy con ustedes". De ahí casi una letanía de "Estoy con ustedes..." para reiterar su cercanía a los católicos, pero también a todos los hombres y mujeres de todas las confesiones y religiones que sufren la locura de la guerra en Oriente Medio.

Estoy con ustedes, los habitantes torturados y exhaustos de Gaza, que están en mis pensamientos y oraciones todos los días. Estoy con ustedes, obligados a abandonar sus casas, a abandonar la escuela y el trabajo, a vagar en busca de un destino para escapar de las bombas.

Junto a madres e hijos

El Papa piensa en las madres a cuyos hijos les han quitado y en los niños, algunos tan pequeños que no han conocido más que bombas y destrucción.

Estoy con ustedes, madres que han derramado lágrimas mirando a sus hijos muertos o heridos, como María viendo a Jesús; con ustedes, pequeños que habitan las grandes tierras de Medio Oriente, donde las conjuras de los poderosos les quitan el derecho a jugar.

Sedientos de paz y justicia

“Estoy con ustedes, que tienen miedo de mirar hacia arriba, porque del cielo llueve fuego”, escribe el obispo de Roma. “Estoy con ustedes, que no tienen voz, porque se habla mucho de planes y estrategias, pero poco de la situación concreta de quienes sufren la guerra, que los poderosos hacen hacer a otros; Sin embargo, sobre ellos se cierne la búsqueda inflexible de Dios”.

Estoy con ustedes, sedientos de paz y de justicia, que no se rinden a la lógica del mal y en el nombre de Jesús "aman a sus enemigos y rezan por los que los persiguen".

Gratitud

De la cercanía se pasa al agradecimiento y las últimas líneas de la carta son todas un "gracias" del Papa, especialmente por el testimonio dado en medio del horror.

Gracias a ustedes, hijos de la paz, porque consuelan el corazón de Dios, herido por la maldad del hombre. Y gracias a quienes en todo el mundo los ayudan; a ellos, que cuidan de Cristo hambriento, enfermo, extranjero, abandonado, pobre y necesitado en ustedes, les pido que sigan haciéndolo con generosidad.

El Pontífice también expresa su agradecimiento a los obispos y sacerdotes que llevan "el consuelo de Dios a las soledades humanas". También a ellos los animó a "mirar al pueblo santo al que están llamados a servir y dejar que toque su corazón, dejando atrás, por amor a sus fieles, toda división y ambición".